



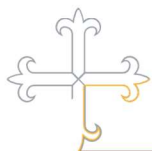
Provincia de
San Luis Bertrán
de Colombia

HOMILÍA EN LAS EXEQUIAS DE FR. ANTONIO DE JESÚS PÁEZ PEÑARANDA, O.P.

Para la Provincia de San Luis Bertrán de Colombia, particularmente para los frailes de nuestro Convento de Cristo Rey de Bucaramanga, este tiempo ha sido un verdadero tiempo pascual, celebrando la pascua de dos de nuestros queridos hermanos: En días pasados, fr. Tiberio Polanía Ramírez y hoy, fr. Antonio de Jesús Páez Peñaranda. Esta experiencia de la pascua de nuestros hermanos nos permite a todos crecer en la fe con una renovada esperanza y al igual que a los discípulos, nos da el coraje para anunciar que el Dios en el que creemos y esperamos, en el que creyó nuestro querido fr. Antonio, es un Dios de vivos y no de muertos, que Dios devuelve la vida a los que creen en él y que nos resucitará en el último día.

El evangelio que escuchamos en este tercer domingo de Pascua (Jn 21,1-19) precisamente nos narra la experiencia pascual de los discípulos y entre ellos, la experiencia de Pedro en su encuentro cara a cara en un diálogo con el señor resucitado. Realmente lo que celebramos en la Pascua siempre es que Jesús resucitado sale al encuentro de cada uno de nosotros, que su resurrección significa salir a nuestro encuentro, que no resucita para esconderse, ni para ocultarse, mucho menos para alejarse, sino que, por el contrario, resucita para salir a nuestro encuentro, para que le veamos cara a cara, para que lo reconozcamos, para darnos una nueva vida. Esa misma experiencia es la que ha acontecido en nuestro querido hermano Antonio, Celebramos su encuentro definitivo con Dios, su nueva vida en Dios. Antonio creyó, esperó y se preparó para este encuentro con el Señor. Muchas veces en medio de su enfermedad sentía que estaba cerca ese momento. A la vez, sabía que sólo Dios determinaría cuando le llamaría de nuevo y esta vez para estar junto con él para siempre.

Hoy queda demostrado que, al igual como lo escuchamos del evangelio según san Juan: Dios no deja nada a medias, que con él todo termina como empezó. Con un llamado de parte de Dios: —Tú, sígueme. Así inició su relación con Pedro el pescador cuando lo llamó por primera vez y así mismo quiso el Señor concluir su diálogo con Pedro: —Tú, sígueme. Todo termina como empezó. Con Antonio, Dios ha querido que

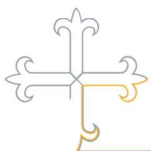




sea también así, justamente hoy hace 83 años, Dios quiso llamar a Antonio por primera vez a la vida, y 83 años después, de nuevo le hace el llamado: —Tú, sígueme. Lo llama a una nueva vida, a la vida plena, a la vida de los justos, a la recompensa eterna, a la vida eterna junto a Él. Como a Pedro y a los demás discípulos, nuestro Señor Jesucristo lo estaba esperando en la otra orilla, lo espera para un nuevo amanecer. Ya no habrá más noche, ya no habrá fatiga inútil; habrá pesca en abundancia, ya no habrá más dolor, ni enfermedad, ya todo es claridad, ya ha acontecido el nuevo amanecer. El nuevo sol que brilla de lo alto ilumina la nueva vida de fr. Antonio, ya todo es nueva vida en Dios.

Al igual que a los discípulos del evangelio, nuestro Señor, el resucitado, lo esperaba con todo preparado para una comida, para restablecerle las fuerzas que las fatigas de la vida, el sufrimiento y la enfermedad le habían desgastado. El resucitado ya había dispuesto todo, la mesa estaba servida, lo espera para el banquete celestial. Casualmente, si alguien en su vida sabía de preparar todo para una comida era Antonio. No había nadie más diligente y presuroso para disponerlo todo para el ofrecimiento del altar, para el banquete eucarístico que él mismo Antonio, diariamente, muy de mañana, con total cuidado y respeto, preparaba los vasos sagrados y las especies para que todo estuviera listo para la celebración eucarística de la comunidad. Lo hizo así durante mucho tiempo, en las parroquias, en la Basílica de Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá y en cada casa y convento donde estuvo asignado, preparaba con esmero y cuidado que todo estuviera listo para cada la cena del Señor.

Pero hoy y en adelante, es el mismo Señor quien prepara la mesa e invita a Antonio para que se alimente con su presencia, es el mismo Jesús quien parte el pan, lo invita a a sentarse a la mesa para servirle, para recompensar su silenciosa pero importante obra cada día en la sacristía, para recompensarlo por su caridad con los más pobres, por su empeño en que no faltara alimento para los pobres, para que la caridad fuera siempre y sin falta, como cuando promovía la recolección de los *mercados de san Martín*. Antonio se había tomado en serio la triple pregunta por el amor que le hace Jesús a Pedro del evangelio: —Pedro, ¿me amas? Si me amas, apacienta a mis corderos, cuida a mis ovejas.





Provincia de
San Luis Bertrán
de Colombia

Jesús hace que el amor por él consista en servir a los demás. Antonio sabía que si nuestro amor por Jesús es profundo y real no puede quedarse en una declaración de palabras o sentimientos, sino en hechos, en obras reales de amor por los demás. Cuida a mis ovejas. Todos, frailes, familiares y amigos de Antonio conocimos de su espíritu caritativo y solidario. Asimismo, fuimos testigos de cómo Antonio sabía que el Señor merecía el mejor de los lugares, por lo cual él mismo disponía con bastante pompa. Adornó pesebres, altares y monumentos dignos de recibir a Jesús recién nacido y a Cristo pan vivo bajado del cielo. Ahora Antonio ha sido llevado a contemplar el altar del cielo donde Cristo será su alimento eterno y su recompensa eterna por haber salido al encuentro de los pobres.

Antonio, que compartió dolores y enfermedad, mostró siempre firmeza y perseverancia en la fe, enfrentó el sufrimiento con el coraje y la valentía de los que esperan en Dios, de los que saben que la vida se la debemos a él y que de sus manos hemos salido y a ellas aspiramos regresar. Sus ojos siempre estuvieron puestos en el Señor. Nunca ocultó sus defectos ni sus pecados; por eso, con nobleza pedía perdón por cada uno de ellos, mostraba arrepentimiento y contrición, y no guardaba ningún rencor. Sus debilidades no opacaron sus más grandes convicciones de ser cooperador en el ejercicio de la predicación desde el servicio. Lo vimos siempre luchador y perseverante, trabajador y buen discípulo del señor. Hoy lo despedimos con tristeza por la ausencia que deja en nuestras vidas, en la de sus familiares y conocidos, en la de las religiosas y en nuestra comunidad conventual.

Toño, seguiremos cuidando a Juguete, tu fiel amigo quien también siente tu ausencia. Nos enseñaste a quererlo, tu cariño por Juguete también fue muestra de tu nobleza. Ya gozas de la paz, hoy hay fiesta en el cielo por tu nuevo nacimiento, por tu nueva vida. Gracias, Jesús, por permitirnos compartir el llamado que nos has hecho con hermanos como Antonio y un día, permítenos llegar a compartir contigo en el altar del cielo cuando nos llames al banquete de tu reino. Amén.

Fr. Oscar Eduardo Guayán Perdomo, O.P.
Bucaramanga, 1 de mayo de 2022

